

CUANDO tenía veinte años, una vez creí que había un secreto detrás de cada palabra. Que nuestro idioma era sólo la caricatura de la primera lengua. Que las primeras palabras eran anteriores a cualquier mundo. Nosotros vivimos en el frío porque cada vez que hablamos nuestro idioma bastardo entra la niebla por el quicio de las puertas. Tenía veinte años, creía que había nacido para devolver la vida a las únicas palabras que podían explicar todo. No, explicar todo no es la expresión correcta: las primeras palabras eran todo. No sé por qué recordaba eso trece años después mientras el autobús de la Sulga entraba en Roma procedente de Umbría. Era noviembre. En el asiento de delante había una chica con sobrepeso y el pelo corto teñido de color caoba; estaba escuchando música y nos la hacía escuchar a los que estábamos demasiado cerca. Desde sus cascos se podía oír perfectamente la letra de *Ogni tanto*, de Gianna Nannini; en el respaldo del asiento había pegados dos cromos de Hello Kitty, lo recuerdo bien. Yo no sabía, en realidad, a dónde

me dirigía. Sabía que iba a la estación Tiburtina y que después tomaría un tren que me llevaría a Termini. Desde allí, un autobús que me llevaría al aeropuerto de Ciampino. Sin embargo, no sabía realmente a dónde me dirigía. Sólo después.

Mientras entrábamos en Roma por el *raccordo anulare*, una avenida de pinos mediterráneos nos recibía. Sus copas parecían hogueras congeladas; se veían los estudios de la RAI, sus ventanales de cristal oscurecido enmarcados por una cuadrícula de cemento. Cuando nos detuvimos ante un semáforo en rojo, aparecieron dos prostitutas con botas de tacón de aguja y vaqueros ajustados y el cuello de sus abrigos subido hasta las orejas; ya eran las cinco y media de la tarde: anochecía y empezaba a hacer frío. Un Ford Focus metalizado se detuvo junto a ellas. Nosotros pasamos de largo. El cielo estaba lleno de bandadas de estorninos que piaban como si se hubieran vuelto locos. Las bandadas de estorninos me han hecho pensar siempre en manos que gesticulan, que se abren hacia mí y me llaman y me dicen: Nosotros conocemos el idioma con el que soñabas, solamente tienes que seguirnos. De repente, se posaron en los árboles y desaparecieron.

Fue una bonita desaparición. He leído en algún sitio que si viéramos de cerca una bandada de estorninos, lo primero en que pensaríamos sería en la desesperación, en la profunda desesperación de los pájaros que no saben qué dirección tomarán dentro de medio

segundo y descubren que volar es una cadena de intentos frustrados de suicidio. Por eso, hay que seguir volando. Al otro lado de la ventanilla, un vendedor ambulante de ropa para señoras se puso a dar golpes con una barra de hierro contra su puesto de chapa para que los estorninos que estaban posados sobre los árboles bajo los que se había instalado levantaran el vuelo y no le llenaran el género de cagadas. Entonces, los pájaros emprendieron el vuelo y se encendieron de golpe todas las farolas y uno no ha creído nunca en las casualidades. Pensé en aquel momento que de verdad era un idiota si creía que combinando hasta la náusea las palabras del idioma de los hombres iba a descubrir una verdad que lo superara. Me dije que si me sentía triste era por la balada de la Nannini: hablaba del amor que sentía por la hija que había tenido con cincuenta y cinco años –amor que no has dado nada al mundo–.

Dos días después, mi padre me dijo en una habitación del Hospital de Sanchinarro que lo inquietante de la planta era que no se escuchaban ruidos por la noche, que, por dios, aquí hay gente que debe de estar desesperada: se encuentran en situaciones límite o a la espera de una situación límite. Sin embargo, no se oye una voz más alta que otra; cada noche las enfermeras llegan con perfecta puntualidad a suministrarte tu medicación y a medirte la tensión y a tomarte la temperatura proyectando una luz sobre tu frente. Hacen

lo posible para recordarte que aquí el trato es exquisito. Fíjate en que dentro de las habitaciones el olor es casi como el de una casa habitada por un futuro. Los pasillos huelen a desinfectante; por la noche, nadie se desespera. Puedes ver caras largas en los pasillos. Quizá haya gente que llora en los retretes de la cafetería y se olvida pañuelos húmedos sobre los lavabos; sin embargo, hay un orden perfecto cuando llega la noche a las habitaciones.

Al otro lado de las ventanas se veía Madrid iluminada: una ciudad lejana, simplemente una línea brillante más allá de un descampado y un centro comercial en construcción. Las luces son como una invitación a seguir respirando, a seguir respirando. Eso es lo que importa a fin de cuentas: seguir respirando. Pero este silencio es inquietante, inquietante. Yo escuchaba a mi padre y me decía a mí mismo que aquel paisaje estaba en mi interior, que mi padre estaba viendo por la ventana un pedazo de mi alma y que quería a mi padre. Me decía que si era verdad que existía un lenguaje como el que soñaba cuando tenía veinte años, daría todo lo que tuviera por llamar a mi padre por su verdadero nombre. Tenemos que tener un plan para salir de esta.

Me repetía que tenía que existir un plan mientras estaba sentado en un vagón de metro y ya no sabía si iba o venía del hospital. Mis únicas certezas eran que estaba sentado en un vagón de metro y que en aquella

época solamente escribía sobre mí mismo. Hablaba mucho de cuando estaba solo, de los momentos en que renunciaba a vivir, en que me olvidaba de Sereña y de mis hijos, y me dedicaba simplemente a estar en el mundo. En aquella época siempre escribía sobre salas de espera, sobre extraños que jamás llegaría a conocer; hablaba de transportes públicos y calles en las que sólo se podía pasar de largo. Qué diría mi padre de todo esto.

El tren aminoró su marcha para permitirnos contemplar una vieja estación restaurada: ruinas abandonadas en mitad de un túnel. Yo tenía un libro cerrado sobre mis rodillas; había dejado de leer porque no me enteraba de nada: era como si mi vida goteara sobre la historia impresa y transformara todo en un borrón. A mi alrededor, los otros viajeros miraban al vacío. Yo quería a mi padre y me preguntaba qué era lo que podía significar aquello para los que me veían allá afuera, qué era lo que podía significar aquello mientras el tren atravesaba los túneles subterráneos y las adolescentes sonreían a las pantallas de sus móviles.

Años después, me convencí de que jamás ha existido esa lengua pura e inocente con la que soñaba cuando tenía veinte años. Nunca descubriremos cuál es la forma real del universo con sólo dar un nombre a una bandada de estorninos. Hablamos un idioma humano. Y aunque somos capaces de pensar o de soñar más allá de sus fronteras, aunque todos los días

lo reinventamos, hablamos un idioma humano. Y odiamos, amamos, escapamos, nos hacemos daño, en un idioma humano. Y, sobre todo, recordamos. Años después, me di cuenta de que sobre todo recordamos.